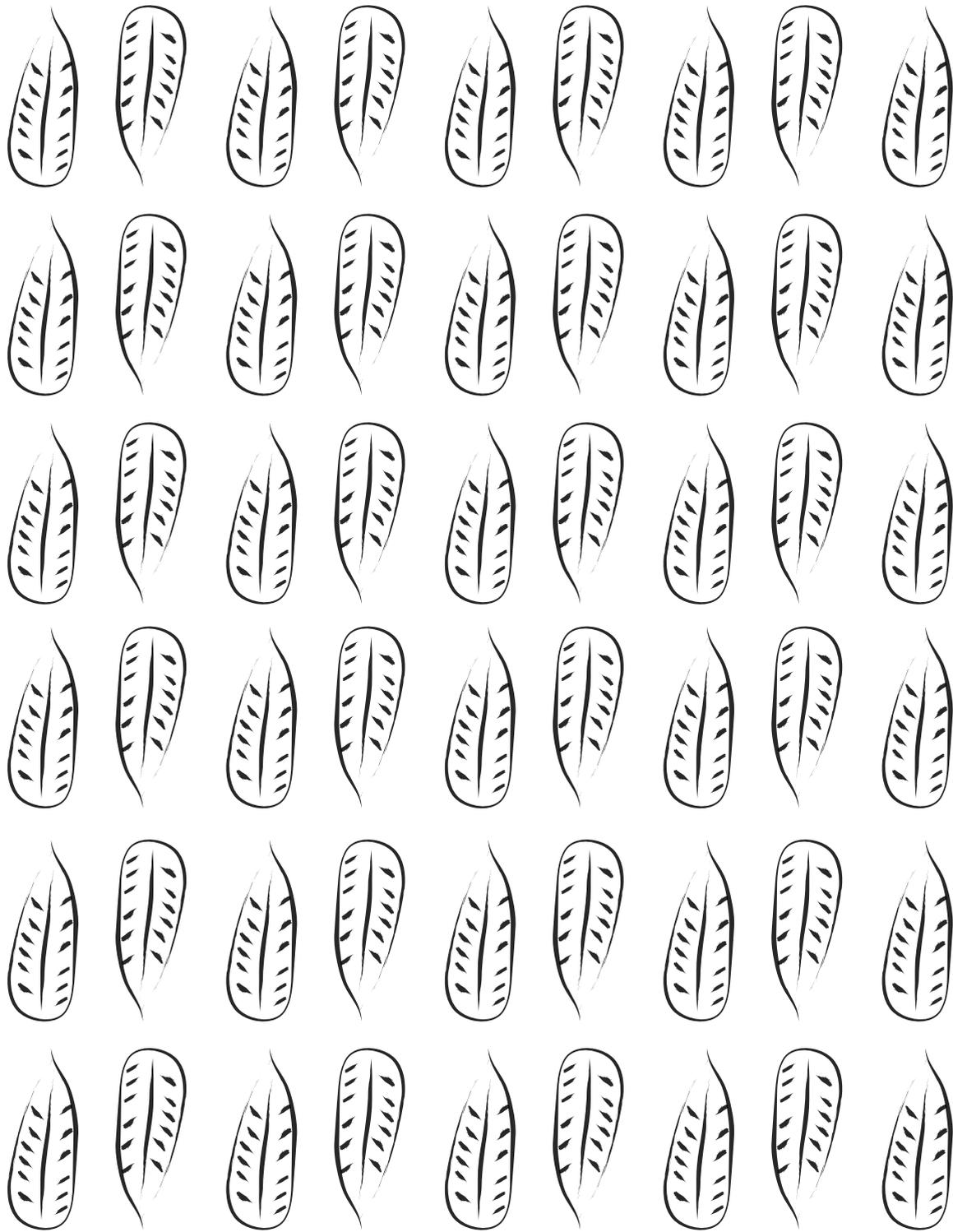




Gestores Legales Interculturales La Ley es de Origen

Derecho propio:
principios y valores

1



**GESTORES LEGALES INTECULTURALES
LA LEY ES DE ORIGEN**

**CARTILLA 1
DERECHO PROPIO: PRINCIPIOS Y VALORES**

Colección Gestores Legales Interculturales. La Ley es de Origen

Cartilla n.º 1

Derecho propio: principios y valores

Bogotá: Centro de Estudios Médicos Interculturales, 2014

ISBN: 978-958-58681-0-6

Textos: Carolina Amaya
Alba Nelly Bolívar
Elsa Cadena
Natalia Reinoso
Germán Zuluaga

Diseño y diagramación: Ana María Zuluaga

Corrección de estilo: Santiago Zuluaga

Impreso en Colombia por Paleta Digital

© Centro de Estudios Médicos Interculturales, noviembre 2014

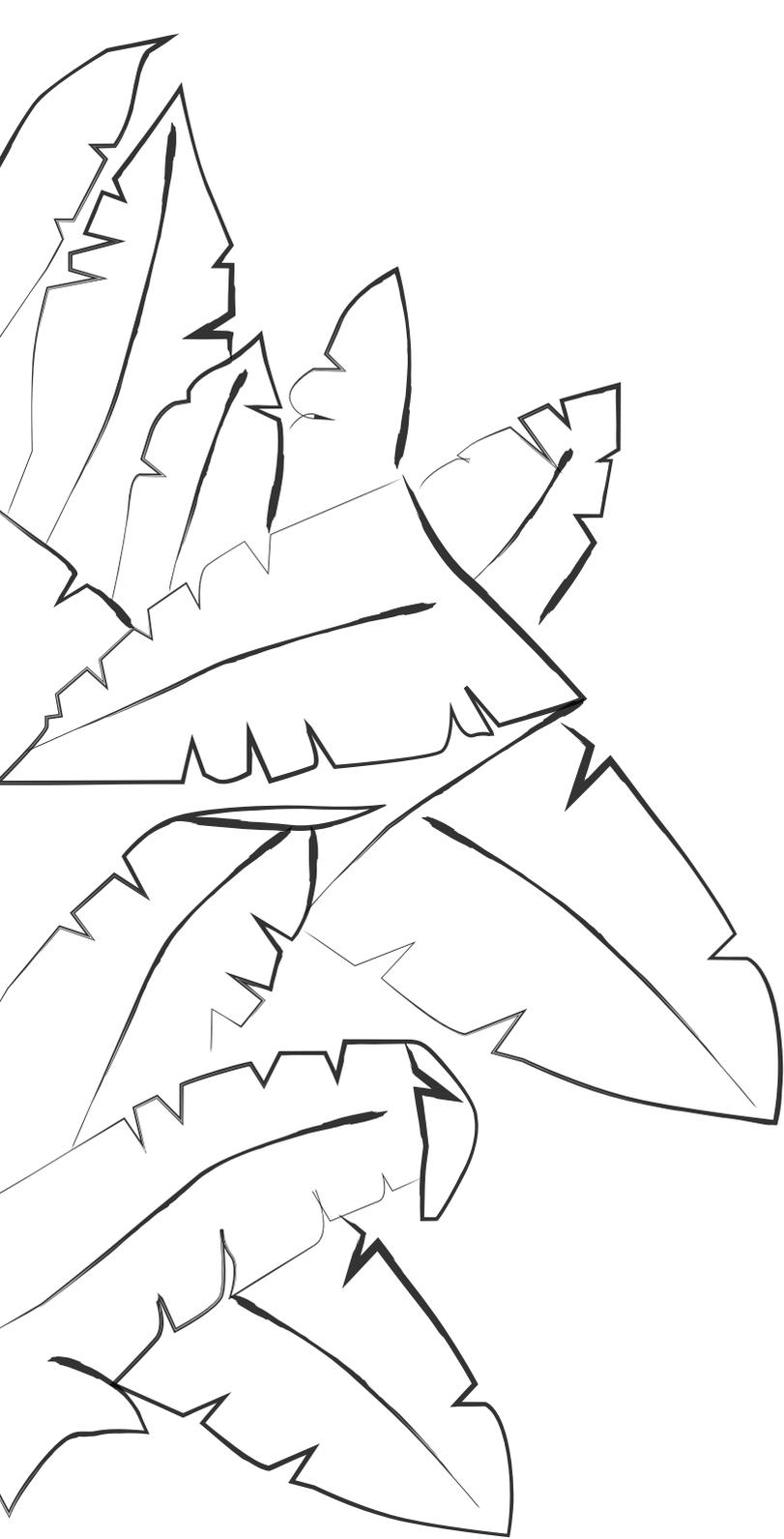
Esta publicación fue posible gracias al apoyo de la Iniciativa para la Conservación en la Amazonía Andina —ICAA— a través del proyecto «Formación de Gestores Legales para la conservación de los recursos naturales en los territorios de pueblos indígenas del Vaupés en la Amazonía colombiana con énfasis en el fortalecimiento de su cultura tradicional»; y gracias a la colaboración académica de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas de la Universidad El Bosque y del Grupo de Estudios en Sistemas Tradicionales de Salud de la Universidad del Rosario.

Se autoriza la reproducción de esta publicación con fines educativos y otros fines no comerciales sin permiso escrito previo de quien detenta los derechos de autor, siempre que se cite la fuente en su totalidad. Está prohibida la reproducción de esta publicación para la venta o para otros fines comerciales sin permiso escrito previo de quien detenta los derechos de autor.

TABLA DE CONTENIDO

5	Preámbulo
7	Introducción
11	Sufrimiento, purificación y servicio
13	La historia no es puro cuento
15	Regalos de origen
17	Madre de la comida
21	Común - Unión
25	Rezo de leche
29	El maltrato también es enfermedad
31	Saber recibir las visitas
35	Primero la educación propia para mantener la cultura
41	Mi historia





Preámbulo

El programa de formación de Gestores Legales Interculturales busca capacitar a un grupo de representantes de las comunidades indígenas del Vaupés en la defensa de sus derechos y deberes legales y en su aplicación para la defensa y la conservación de los recursos naturales de sus territorios tradicionales. El programa es promovido por la Iniciativa para la Conservación en la Amazonía Andina y ejecutado por el Centro de Estudios Médicos Interculturales con el apoyo académico de la Facultad de Ciencias Políticas y Jurídicas de la Universidad El Bosque y del Grupo de Estudios en Sistemas Tradicionales de Salud de la Universidad del Rosario.

En el transcurso de estos quinientos años se han mutilado e ignorado en gran medida los derechos de los pueblos indígenas americanos. En los últimos tiempos, sin embargo, ha habido una importante concentración de esfuerzos para incluir a los pueblos indígenas en el ordenamiento jurídico occidental. Colombia, en particular, sobresale en el panorama luego de la formulación de una legislación especial para pueblos indígenas que les permite organizarse, recobrar y defender sus territorios y desarrollar autonomía en sus formas de gobierno y convivencia.

Nuestra experiencia de trabajo con diversos pueblos indígenas en el país nos ha enseñado que solamente podemos acompañarlos desde la perspectiva del *diálogo intercultural*. No se trata pues de llevarles proyectos de educación, salud o conservación, entre otros, que impongan nuestros modelos de pensamiento y desarrollo, sino de construir en conjunto el camino para que puedan seguir viviendo, y viviendo bien, con lo mejor de su cultura y sus tradiciones, a la vez que reciben nuestra ayuda para aprender a incorporar todo lo que el mundo occidental les ofrece.

Este programa no pretende simplemente llevar a los pueblos indígenas un paquete de leyes y normas nacionales e internacionales para que puedan ejercer sus legítimos derechos como pueblos indígenas, por importante que esto sea. Intenta, sobre todo, invitarlos a que recojan y valoren sus sistemas ancestrales de autoridad y derecho: esas normas sagradas que les fueron dadas en el principio y que por ello siguen llamando Ley de Origen.

El encuentro con los pueblos indígenas nos ha enseñado que un pueblo que pierde la memoria es un pueblo que pierde su identidad cultural. Si no sabe de dónde viene, difícilmente podrá saber hacia dónde debe caminar. Las más importantes ceremonias tradicionales siempre cuentan con un *kumu* especialista en la historia, traducido al español como narrador o historiador. Por eso, y con base en su tradición de transmitir los conocimientos por medio de historias, nos hemos atrevido a poner por escrito algunos relatos, experiencias y anécdotas de la vida real de las que hemos sido testigos en nuestro trasegar junto con distintas comunidades indígenas del país.

Estas historias, en las que en algunos casos hemos cambiado nombres y lugares para respetar la confidencialidad, quieren ser una suerte de parábolas que permitan comprender con pedagogía lúdica los conceptos jurídicos básicos. Asimismo, señalan las ventajas y oportunidades de conocer los derechos concedidos por la Constitución al tiempo que los riesgos y peligros en los que se incurre al desconocerlos y al dejar de lado o menospreciar las normas que el Creador les ha dado desde el Origen. De esta forma esperamos que nuestros hermanos indígenas nos sigan acompañando con su maravillosa diversidad cultural por los ríos de la historia.

Germán Zuluaga

Introducción

La manera en que se organizan los derechos y los deberes de los pueblos occidentales se llama Derecho positivo. Esto quiere decir que las sociedades crean normas y las escriben para recordarlas. Las culturas indígenas se organizan de modos muy distintos y no siempre comprendidos por Occidente. Poco a poco, sin embargo, Occidente ha comenzado a aceptar que los modos de organización social de los indígenas son tan válidos como los suyos y ha asignado diversas categorías para poder comprenderlos y nombrarlos: usos y costumbres, Derecho consuetudinario, Derecho indígena, Derecho propio, sistemas alternativos de resolución de conflictos. Así, se ha entendido que el Derecho indígena son los usos practicados en una comunidad que con el tiempo llegan a convertirse en costumbres; si no se cumplen, se violan principios de unidad y viene el desorden. Por eso al Derecho indígena se lo ha llamado «usos y costumbres» y corresponde con la categoría de Derecho consuetudinario, que no está escrito, en contraposición al Derecho occidental o positivo.

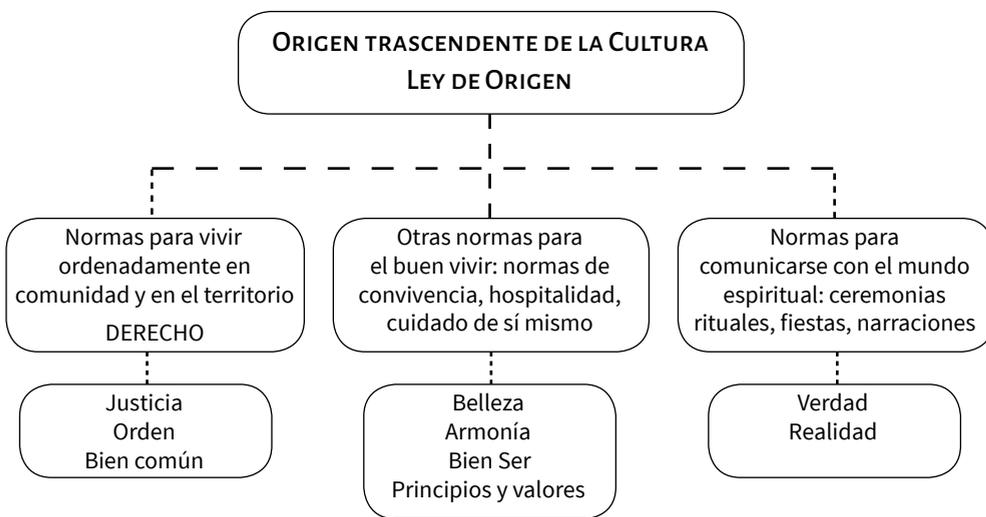
Sin embargo, los pueblos indígenas tienen un sistema de organización compuesto por mucho más que un grupo de costumbres. El Derecho indígena está profundamente arraigado en los mitos y narraciones de origen de los pueblos indígenas. Por ejemplo, para la mayoría de las etnias del Vaupés estos mitos y narraciones cuentan cómo las personas indígenas estaban antes en un *mundo espiritual*, del que llegaron a este mundo para luego recibir los elementos y materiales de la cultura, además de los principios y la guía para saber cómo debían comportarse para vivir bien en sociedad y en el territorio. Esto es parte de lo que se llama la Ley de Origen.

De la Ley de Origen se desprenden diversas normas de comportamiento. Un grupo de ellas tiene que ver con la vida en comunidad y ayuda a ordenar la vida sin envidias ni chismes, de modo que siempre haya justicia y que todos estén contentos, trabajen con ánimo y puedan tener y cuidar una familia. Otro grupo de normas regula

la forma de ordenar y usar el territorio. Ambos grupos de normas, la regulación de la vida en sociedad y la regulación del uso y ordenamiento del territorio, son los principales ámbitos regulados por el Derecho occidental.

No obstante, hay otros ámbitos que la Ley de Origen regula y que no están comprendidos en el Derecho occidental, como por ejemplo los cuidados que cada persona debe tener en los diferentes momentos de la vida o el cuidado del territorio para que siempre haya cacería, pesca, frutos y pepas. Asimismo, la Ley de Origen abarca normas que indican cómo hacer las fiestas y cómo fabricar los instrumentos, las coronas y demás materiales y elementos que permiten que los *kumuã* y los payés puedan unir el mundo material con el espiritual durante las danzas y las narraciones, acompañados de las plantas de la cultura, para que todo vuelva a ser nuevo como en el origen.

Las normas de la Ley de Origen están entrelazadas entre sí y es difícil separarlas con exactitud para señalar cuándo se está frente a una norma jurídica y cuando no, pero podrían representarse así:



Cuando alguna de estas normas de Origen no se cumple, las personas, la comunidad y el territorio sufren consecuencias. Las consecuencias no necesariamente son impuestas por una autoridad judicial, como pasa en Occidente; también —y por lo general— se dan por sí mismas y se expresan por ejemplo a través de enfermedades de las personas, de la comunidad o del territorio.

A partir del encuentro con Occidente, se ha hecho necesario que las autoridades indígenas elaboren normas nuevas para enfrentar los cambios. Lo importante es que, cuando se vean en la necesidad de acordar normas y procedimientos, se orienten a partir de los principios y valores propios que les fueron entregados en el Origen.



Sufrimiento, purificación y servicio

Los viejos estaban cansados de las pintas de los tipos de yagé que usaban. Además, la comunidad pasaba por una mala racha: no se daban las cosechas, no había caza, llegaban las enfermedades todas juntas. Así que un buen día encomendaron al taita Patricio Yocuro la tarea de conseguir otra semilla distinta.

Entonces él tomó diez tazones grandes de yagé y decidió ir al mundo de arriba. Primero vio un lugar en donde estaban varios curacas sentados en fila tomando yagé; esos son los curacas muertos, que tienen que seguir tomando sin descanso. Taita Patricio siguió más arriba y llegó a un lugar muy lindo, todo adornado con espejos de vidrio, en donde estaban sentadas dos personas mirando. En el centro de la mesa tenían una mata de yagé. Decían que solo alguien que tuviera una pinta mejor que la de ellos podría llevarse la semilla de ese yagé. El taita escuchó, siguió más arriba y llegó al cielo.

En la puerta estaba un señor con una llave muy grande y dijo que no podía entrar. Preguntó si debía alguna cosa. El taita dijo que no debía nada. El señor no lo dejó entrar, pero fue a preguntar y salió luego con un vestido como de sacerdote y le dijo que se pusiera ese vestido y entrara. El taita entró y encontró un libro muy grande y Diosito, sentado, le preguntó:

—¿No debe nada?

—No, no debo.

—Porque si debe algo, se acabó, no puede volver y se queda aquí en el cielo. —Luego continuó:— Cuénteme, ¿allá en el mundo de donde viene, qué problemas tienen?

—Los truenos y los rayos que caen en la gente y las casas y matan— respondió.

Diosito iba anotando todo en el libro:

—¿Y qué más?

—Las crecientes que acaban los cultivos y nos dejan hambre.

Diosito anotaba y preguntaba:

—¿Qué más?

—Las enfermedades.

Entonces Diosito dijo:

—Cuando baje, busque en el camino a un señor que vive solo y que tiene una caja. Él es el trueno y es muy bravo. Pero dígame que yo lo mandé y pídale que le dé piedras. Esas son para que no tengan más esos problemas.

El taita bajó, encontró al señor con una cara muy brava y entró. El trueno se puso muy bravo y empezó a hablar duro y enojado, pero al fin dejó hablar al taita, que le dijo que era Diosito el que lo mandaba y que necesitaba piedras. Entonces el trueno abrió el cofre de vidrios de espejo. Estaba lleno de piedras de colores. El taita cogió un puñado grande y siguió rápido abajo.

Encontró luego a los dos señores que cuidaban la mesa con la mata de yagé en la mitad, una mata pequeñita. El taita se volvió guacamaya y pegó un grito, como saben dar las guacamayas. Voló rápido y cogió con el pico una rama de yagé, y voló rápido. Los curacas dijeron:

—Ese sí sabía y tiene pinta mejor, se nos llevó la semilla.

Cuando ya amaneció, llegó el taita a la casa con la mata y con las piedras. Ese es el *yagé-tama* que empezaron a sembrar. El otro dejaron de usarlo. De ese hay en Yurayaco y yo ya sembré ahora.

Esta narración cuenta el origen del *yagé-tama* o yagé del aire. Fue contada por taita Laureano Becerra durante una ceremonia con *ambiwasca* en Cozumbe, en 1994. Taita Patricio fue su maestro. Taita Laureano lo cuenta porque lo vio con sus propios ojos esa noche que se tomó los diez tazones y subió al cielo. También contó que después de repartir a todos de este *yagé-tama* se comenzaron a solucionar las calamidades.

La historia no es puro cuento

Con solo cinco años Carlitos ya se aburría en su casa. Sus primos mayores se habían ido todos al internado y él seguía correteando detrás de su mamá. Tanto rogó que al fin decidieron enviarlo a la capitania vecina, pues confiaban en que los mayorcitos ayudarían a cuidarlo. Del internado en la capitania pasó al bachillerato en Mitú. A la comunidad venía muy pocas veces, cuando su papá lograba conseguir recurso para el viaje. De resto se quedaba en la ciudad vagando por ahí mientras se pasaban las vacaciones.

En su casa no quería ayudar a nada. La verdad es que no tenía experiencia de trabajo en el monte o en la chagra. Hasta se molestaba con las niñas que se burlaban de él porque no podía acarrear agua ni cargar los canastos de yuca de su mamá. Por eso se aislaba, se iba al caño y jugaba en el portillo de los más pequeños para tratar de aprender por su cuenta. Cuando le rogaban que ayudara en los oficios de la casa, se enfurruñaba y ponía aires de señor de la ciudad. Por eso nadie se atrevía a insistir. Sí le gustaba el caño y el color verde profundo de la selva, pero se avergonzaba de las ropas raídas de su mamá, del español trabado de su papá y de las locuras de su abuelo, todo el día contando historias en una lengua que él ya casi no entendía.

Alguna vez, no hace mucho, un profesor nuevo que llegó al colegio les comenzó a preguntar cosas como nunca antes: la etnia de cada uno, que si conservaban la lengua, que si sabían de cacería y de pesca, que las ceremonias y el mameadero y los mayores y las mujeres. Carlitos no supo qué contestar cuando le preguntaron cuál era su etnia; no supo decir nada de su historia, esas narraciones tan bonitas que contaron después algunos de sus compañeros; no pudo contestar si ya había mirado Yuruparí porque de verdad que nunca les había puesto atención a las pocas ceremonias a las que había podido asistir en sus escasos viajes a casa.

Pensó entonces que ya no era blanco ni indio. Ya no sabía quién era. Sintió mucha tristeza cuando se dio cuenta de que, aunque tenía muchos compañeros que también venían de comunidades indígenas, ellos sí podían contestar con orgullo: yo soy waimaja, yo soy carapana, yo soy yepamasa, yo soy yurutí. Al fin y al cabo Carlitos ni sabía si debía decir la etnia de su mamá o la de su papá, así estaba de perdido. Al salir de clase algunos de sus compañeros siguieron describiendo la vida en sus comunidades, las fiestas, y más de uno contó historias impresionantes de cuando vio las flautas sagradas por primera vez.

Al finalizar el año escolar mandó decir a su papá que quería ir a pasar las vacaciones en su casa. No había cómo pagarle pasaje en avioneta, así que se animó a caminar con unos paisanos que harían el trayecto a pie, por la trocha y durante tres días.

Ya en casa, lo primero que hizo después de descansar y echarse un buen baño en el caño fue ir a buscar a su abuelo. Venía decidido a recordar su lengua, a escuchar todas las historias que el abuelo le pudiera contar y a acompañar a su padre a trabajar en la selva. Todos estaban admirados de verlo tan aplicado en las cosas de la cultura. Por eso el abuelo le propuso prepararse para ver Yuruparí, aunque quizás tendría que dejar de ir al colegio durante unos meses, incluso todo el año. Carlitos lo conversó con sus papás y llegaron al acuerdo de que tenía toda la vida por delante para terminar su bachillerato, mientras que la cultura la estaba perdiendo irremediablemente y ya era hora de por fin conocerla.

Ahora está animado porque el próximo año, cuando vuelva al colegio, podrá contarles a sus compañeros y al profesor tantas cosas importantes que ha ido aprendiendo de la mano de los mayores y de sus propios padres, tíos y hermanos. Es un mundo de conocimiento que había relegado, pero que ahora le servirá para recuperar su identidad.

Lo que más le gusta son esas tardes con los hombres de la comunidad, sentados en el mambadero del abuelo, unos tostando hoja, otros majándola, siempre con la supervisión del mayor, y todos recordando en lengua las historias de su etnia, del pescado, de la yuca, de los insectos que se comen y que son tan sabrosos, en fin, de los elementos de la cultura y las danzas y los cuidados de la salud y la naturaleza.

Regalos de Origen

La capitanía de Agua Blanca ha sido muy maltratada por la colonización. Primero, las caucherías y la esclavitud; después, los comercios ilegales como el de pieles de animales de la selva; enseguida, los misioneros que obligaron a renunciar a las ceremonias, rezos y prevenciones, por lo que tuvimos que esconder los plumajes y las flautas, y ahora...

Desde hace un tiempo ronda el cuento de que en nuestro subsuelo hay muchos minerales muy importantes y valiosos para el mundo moderno. Por aquí vinieron unos paisas a decirnos un montón de cosas: que ¡claro que el Estado nos da títulos de propiedad sobre nuestras tierras!, pero que eso es mentira, porque el subsuelo sí es de la Nación, por lo que el Gobierno puede dar permisos para que otras compañías vengan a explotar nuestros recursos. Que sí, que la consulta previa y la negociación para compartir beneficios, pero que eso apenas sirve para informarnos lo que ya está decidido y a lo sumo nos dan los sobrados de la gran tajada que se sacan las empresas en ganancias por explotar en nuestros territorios.

Así siguieron toda una mañana hablando, mostrándonos las injusticias del Gobierno y de las empresas multinacionales, y nos convencieron de que les permitiéramos explorar y explotar en nuestro territorio. Por lo menos fueron honestos porque nos dijeron que era minería ilegal, pero que ellos sí nos compartirían más justamente los beneficios.

Y sí que han compartido: dizque hicieron exploraciones y después dijeron que no había nada interesante. Luego se fueron instalando en una parte del resguardo con un laboratorio para procesar coca y convencieron a algunos de nuestros jóvenes de que sembraran y se colocaran como raspachines. Lo peor es que ya no los podemos sacar del resguardo. Si

cada vez que decimos algo nos muestran sus armas grandes y miedosas. También corremos el riesgo de que nos rieguen todo el resguardo con veneno desde las avionetas y que perdamos la comida no solo de las chagras sino también las pepas y frutas que han quedado en los rastrojos y en el monte bravo. Lo que más nos preocupa son los malos pasos de algunos de nuestros jóvenes, pues ahora andan metidos en negocios ilegales mientras que las muchachas se dejan embarazar por hombres que no tienen interés en responder después.

Ahora nos damos cuenta de que, por andar pensando en explotar los recursos de nuestro resguardo, terminamos dándole un mal uso a los regalos de Origen, como la coca, y generamos desorden y enfermedades. Fue un mal ejemplo para nuestros jóvenes que aprendieron del dinero fácil y ya no quieren trabajar con ánimo para tener lo necesario para vivir bien sin maltratar la naturaleza.

Por eso es importante que cada vez que vayamos a traer novedades del mundo de los blancos consideremos no solo lo que la ley nos dice sino lo que nuestras autoridades ancestrales definan como lo más conveniente. Solo así podremos proteger nuestros territorios y también a nuestros jóvenes y niños.

Madre de la Comida

Milady estudió en el internado hasta séptimo, cuando sus papás no pudieron apoyarla más. Pero ella no quería volver a la comunidad. En el colegio había aprendido que los indios de la selva viven como salvajes, alejados de la tecnología y el desarrollo y metidos en la pobreza absoluta; que las mujeres son víctimas del machismo y que el trabajo es duro; que se llenan de niños porque ni siquiera han llegado los métodos de planificación y que apenas se sobrevive. Ella no quería eso para su vida.

Ya le habían advertido los mayores que estaba cogiendo malos pasos. Las pocas veces que arribaba a la comunidad se mostraba desobediente y altanera. No quería participar en la preparación de las ceremonias, no quería respetar, se sentaba con los muchachos durante las fiestas y recochaba sin vergüenza. Las abuelas la regañaban, pero ella no quería hacer caso a esas necedades de las viejas. No quería escuchar las advertencias de los payés que decían que hay que cumplir las normas para que no venga el desorden.

Le ofrecieron entonces trabajar en Mitú como empleada del servicio doméstico. Estaba bien para comenzar. Por lo menos ganaba unos pesos y podía volver cada año a mostrarles a sus paisanos cómo iba progresando: ya se había podido comprar los aretes de bolas blancas que tanto le habían gustado y tenía un vestido de jean ajustado como las modelos de la televisión y unas sandalias con flores de colores. En las fiestas civiles era el centro de la atención de los muchachos porque ella sí sabía tomar aguardiente y cerveza y echar chistes de doble sentido. Ella sí sabía de champeta y reguetón, y no solo el carrizo que bailaban una y otra vez sus parientes en las fiestas tradicionales.

Un día una cuñada de la patrona, que estaba de visita, le ofreció trabajar en Villavicencio. Ella no lo pensó dos veces pues creía que así podría estar más cerca de salir al mundo de verdad. La nueva patrona le pagó el pasaje en avión y le ofreció el sueldo mínimo, eso sí descontando

los gastos como el pasaje y la alimentación y el hospedaje. El trabajo era duro: tenía que madrugar a las tres de la mañana a pitar el maíz y molerlo para armar las arepas del desayuno; después ya no paraba, escasamente podía sentarse a almorzar y seguir hasta las diez de la noche cuando se acostaba rendida. Todos los días igual. No tenía descansos ni salidas y no le pagaban el sueldo con el pretexto de que debía cada vez más, el pasaje y la comida, el arriendo, el uniforme. La cuenta crecía y ella no entendía de dónde si apenas echaba un bocado porque hasta el apetito se le había espantado.

De pronto se vio recordando los días de su infancia al lado de su mamá. Recordó de una nueva manera el baño en el río, el trabajo en la chagra, las risas de las mujeres en la maloca, la manivara y las ranas que tanto el gustaban antes. Recordó que sus papás nunca la habían gritado y que, mientras respetaran las distancias con los muchachos aprendices y los payés, las fiestas en la maloca eran muy animadas y bulliciosas. Recordó las tardes con sus hermanas recostadas al sol mientras se contaban historias, los alegres trabajos en convite con las otras mujeres, y fue como si le hubieran quitado un velo de los ojos. Claro que había trabajo pero también había descanso y risas, y ahora que lo pensaba la comida no había faltado. Sí, no comían en exceso porque su mamá le había explicado muchas veces que comer de más es abusar de las personas que consiguen y preparan la comida. Pero de verdad no les faltaba nada.

Comenzó a sentir la puñalada de la tristeza en la boca del estómago. No sabía si era hambre porque la patrona se había vuelto tacaña y le controlaba todo lo que comía o si era que el corazón lloraba. Intentó decirle a la patrona que quería devolverse pero ella le contestó con gritos y la amenazó con la cárcel si se iba sin pagarle hasta el último peso que le debía. Siguió así varios meses más, cada vez más triste y hasta sin ganas de seguir viviendo. No encontraba salida: podía escaparse pero ¿cómo llegar hasta su casa sin dinero para pagar el pasaje de avión? ¿Cómo conseguir el dinero? No tenía muchas opciones: el servicio doméstico en otra casa o la prostitución. Ya había tratado de buscar trabajo cuando la patrona se descuidaba, pero no había oportunidades para una persona como ella.

Empezó a acariciar la idea de ahorcarse. ¡Tantos ahorcados en los últimos años en Mitú! Que una maldición de payé, decían unos; que frustración de los jóvenes por no lograr cumplirles a sus familias que los mandaban a estudiar, decían las sicólogas del servicio de salud; que culpa del alcohol y la drogadicción. Realmente no le importaba, solo le apenaba haber sido tan desobediente y rebelde, porque los payés lo habían advertido. Y su vida no era más que un desorden ahora, sin familia, sin ilusiones, sin un futuro. De verdad que quería morirse.

Menos mal que la mandaron a la tienda de la esquina por una aspirina para la patrona. Estaba tan pensativa eligiendo cómo ahorcarse que no se dio cuenta cuando se tropezó con un hombre. Hasta suerte le quedaría todavía porque el hombre era un primo suyo muy querido, Miguel, con el que había jugado horas y horas cuando eran pequeños. Cuando se reconocieron gritaron de alegría. Hacía tanto que no sentía alegría que se puso a llorar. El primo le gastó gaseosa y le pidió que le contara con detalle toda su historia. Milady no se guardó nada, ni siquiera sus ideas suicidas. Menos mal, porque así fue como Miguel la ayudó a escapar de su patrona malvada y a regresar a su comunidad.

Cuando volvió, sus papás la recibieron con mucha alegría. Estaban preparando Dabucurí de guama, por lo que andaban atareados. Milady no tuvo ya ningún problema de participar en todos los preparativos. Por primera vez se daba cuenta de la importancia de las ceremonias, de la riqueza de la chagra de su mamá con tanta comida sembrada que podían coger así nomás, sin pedirle permiso a nadie; de la cantidad de pepas y animales en los rastrojos y en la selva; de las coronas de plumas coloridas de los payés y sus aprendices y de las historias que cantaban toda su tradición.

Ahora sí quiere aprender todo lo que su mamá sabe para llegar a merecer el título de Madre de la Agricultura y Madre de la Comida. Eso sí es ser alguien en la vida.



Común-uni3n

Me llamo Ana Rosa y ya voy por los cuarenta. Hace diez a1os fui escogida para asistir a una capacitaci3n en donde se nos invitaba a apoyar a las curanderas de la cultura del yag3 en su tarea de recuperar sus conocimientos y pr3cticas tradicionales de cuidado de la salud. Mi mam3 es curandera y yagecera, y creo que por eso me escogieron a m3. Yo no quer3 aprender de ella porque le ten3a miedo a sus remedios de plantas, a las purgas, los vomitivos y los amargos. Tamb3n me impacientaba porque recib3a pacientes, los trataba y no sacaba nada para su provecho. Me parec3a que trabajaba para nada.

Cuando estaba en la capacitaci3n escuch3 sobre el valor de la medicina tradicional y me contaron los profesores sobre lo famosos que somos los inganos como expertos en el manejo de las plantas medicinales. Entonces record3 a mi mam3 con todos sus conocimientos y sent3 que de verdad ten3a una responsabilidad en eso de acompa1arla para recibir as3 su herencia y no dejarla morir con ella.

Lo otro que me gust3 mucho fue lo que me ense1aron de agroecolog3a en Guayabal-Armero acerca de los suelos y la necesidad de alimentar la tierra que est3 agotada para que vuelva a tener alimento para las maticas. Es que eso era lo que yo ve3a que pasaba en mi resguardo, que es peque1o, pues somos muchas familias tratando de vivir de la tierra pero no le devolvemos nada, como s3 hac3amos antes cuando ten3amos m3s selva y pod3amos dejar descansar las chagras despu3s de un tiempo de aprovecharlas.

Cuando volv3 de la capacitaci3n ten3a otros ojos. Por un lado me di cuenta de que lo que mi mam3 hac3a era agradecerle con servicio a Taita Diosito por el don que le hab3a dado para la curaci3n de los enfermos. Ahora s3 le entend3 por qu3 no cobraba nada sino que dejaba a la voluntad de los pacientes si le quer3an reconocer por su trabajo. Y tamb3n quise

aprender para poder servir a los otros en la comunidad. Ya llevo varios años acompañándola y aprendiendo con ella, sembrando y recogiendo las plantas, preparando los remedios y cuidando a los enfermos que llegan a la casa, y me siento contenta porque estamos prestando un servicio que la gente de verdad necesita.

Lo que más me hizo pensar cuando volví fue darme cuenta de que nuestros mayores estaban solos y abandonados, pasando hambre y tristeza. Tanto que dicen los compañeros indígenas que nosotros no estamos tras la plata, que no somos individualistas y que respetamos a nuestros mayores, que somos unidos y que nos gusta vivir en comunidad y en familia, para yo encontrarme que en las parcelas más alejadas del resguardo vivían varias abuelitas viudas cuyos hijos se fueron para nunca más volver a ver por ellas. Pero me di cuenta de que el error no era solo de los hijos y nietos. También nosotros, los demás del resguardo, las habíamos dejado solas. Nos habíamos vuelto individualistas, cada cual pensando en sus propios problemas sin mirar al vecino ni aunque fuera pariente.

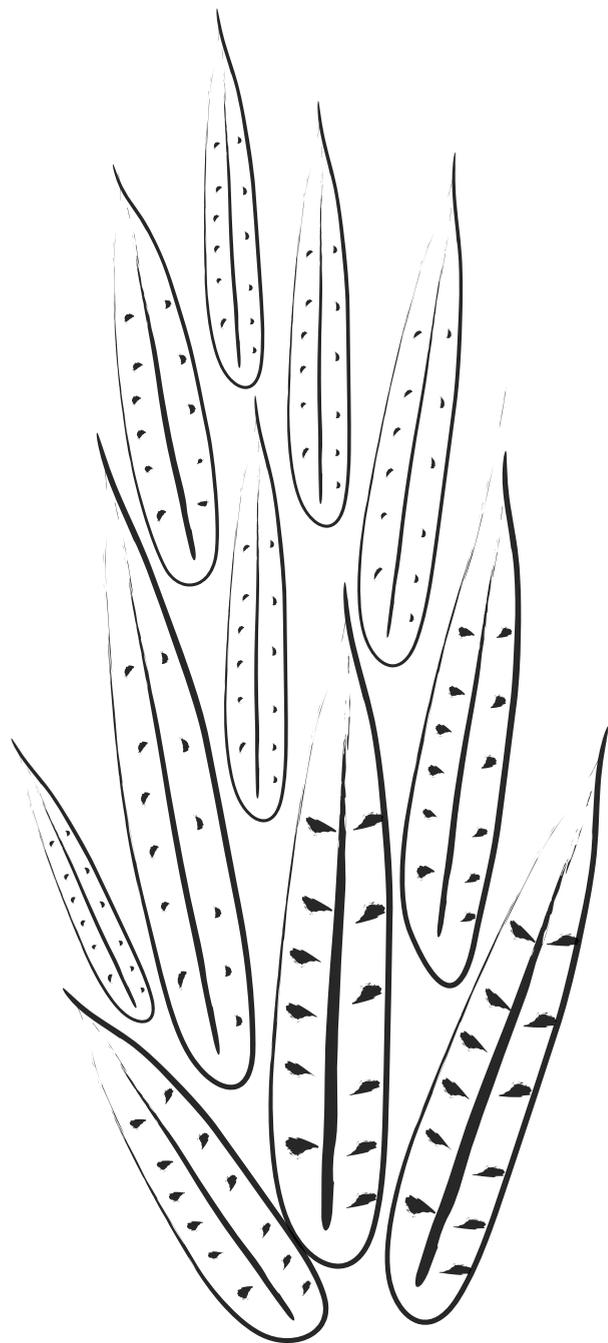
Cuando comencé a hacer las visitas a las ancianas me encontré con que sus chagras estaban caídas, la tierra estaba agotada, no tenían comida y estaban pasando hambre. Claro, aunque las mujeres indígenas trabajamos hasta el último día de nuestras vidas, algunas tareas como abrir chagra, tumbar monte y desyerbar pueden ser pesadas para una persona muy mayor. Y por eso es que nosotros los inganos hemos practicado la minga para ayudarnos entre todos. Ese trabajo comunitario se había perdido en mi comunidad.

Un día invité a algunas personas cercanas para hablar de lo que había aprendido por fuera. Había aprendido a valorar todo aquello que nos ha caracterizado como indígenas y que son cualidades que nos diferencian de los no indígenas. Señalé el vestido y la lengua, las artesanías, las creencias y la tierra ancestral. Y todos dijeron que sí, que yo tenía razón. Después hablé del gusto que sentimos por vivir en familia y en comunidad, el cuidado por la naturaleza, el respeto por los mayores, el buen trato, la solidaridad y la capacidad de acoger y compartir con los otros. A lo que también dijeron que sí, que así somos los inganos. Entonces les hablé de la situación de nuestros mayores, sobre todo de las

ancianas viudas y abandonadas que estaban pasando hambre. Ante eso todos agacharon la cabeza avergonzados.

Me siento bien ahora. Después de reconocer que estábamos perdiendo mucho más de lo que habíamos pensado, nos organizamos con algunos y hemos vuelto a hacer mingas para trabajar entre todos en las chagras de los mayores. Levantamos sus parcelas, ayudamos a mejorar los suelos, les llevamos semillas de comida tradicional y les colaboramos en las épocas de cosecha. Desde entonces seguimos coordinando los trabajos comunitarios para ayudas de todos y especialmente para velar por nuestros mayores y las personas que más lo necesitan. ¡Cómo será que el otro día me invitó el párroco a una reunión de Nueva Evangelización! Cuando pidió ideas para trabajar, hablaron de bazares, de empanadas, de conciertos y grupos de oración. Yo pregunté si no sería algo así como la minga lo que el Señor Jesucristo quería que hiciéramos todos: compartir en comunidad. Conté que ya estábamos acompañando con la minga a algunos colonos mayores que viven también solos y abandonados en sus parcelas. Que ya hemos visitado a unos cuantos, les llevamos un mercado, ayudamos a arreglar sus casas, hacemos almuercito, sembramos y limpiamos y antes de irnos contamos historias y rezamos con ellos. Les compartí que la mejor parte del día es cuando vemos a los viejitos emocionados porque tienen nuevamente una comunidad que se preocupa por ellos. Y que ya no están tan tristes.

El padre ya no quiere bazares ni empanadas a la salida de la misa; quiere que todos aprendan de nosotros.



Rezo de leche

En tantos años de trabajo con indígenas muchas son las anécdotas que me alegran o me entristecen la vida. Hay una que tengo clavada no tanto en la memoria sino en el corazón por la angustia que experimenté en solidaridad con una joven mujer que me enseñó la importancia que tienen los cuidados tradicionales de la salud.

Yo estaba en el aeropuerto y llenaba los últimos requisitos para coger avioneta hacia la comunidad. Una mujer muy joven, de unos veintitrés años, me abordó y me preguntó si había cupo en mi avioneta. Necesitaba viajar con urgencia, —Que un desvío—, me rogó. De verdad que tenía pintada la angustia en su cara. Me dolió responderle que no tenía cupo y que ya salía. Y me fui con el sinsabor de no haberla por lo menos ayudado de alguna otra forma.

Cuando regresé cuatro días después, seguía en el aeropuerto con la misma actitud angustiada. Reparé, entonces, en un bulto que cargaba entre sus brazos, un bebé que no le había visto antes. Estaba pálida y demacrada y vestía el mismo vestido, limpio pero algo raído. Probablemente era el único que tenía. Pareció no reconocermme cuando la abordé. Yo, por mi parte, quería saber cuál era su problema, con el ánimo de ayudarla tal vez ahora sí. Aunque fuera almuercito sí podría brindarle. La invité a que nos sentáramos en la cafetería del aeropuerto. Le dije mi nombre y le expliqué lo que estaba haciendo en Vaupés. Después le pregunté por su nombre, su comunidad, su etnia, su familia y, finalmente, su historia. Aceptó un refresco y farfulló algo respecto de lo que sí podía comer y lo que no. Eso no se lo entendí.

Mariela —que así se llamaba— accedió a contestar mis preguntas con docilidad. Ahora que estaba menos angustiada, pude apreciar su rostro de rasgos delicados y mirada limpia, sus ademanes dulces, la ternura que brotaba cuando amamantó a su bebé. Venía de lejos, una comunidad que

queda a cuatro días caminando por trocha. Allí vive con su marido y sus otros dos hijos mayorcitos, un niño y la pequeña de dos años larguitos. Me contó que su suegro es payé y que ella se lleva bien con la suegra y las cuñadas. Estaba confiada en que ellas debían estar ayudándole a su marido con los niños, ahora que llevaba tanto tiempo por fuera. Ya iba a ajustar los cuarenta y cinco días.

Entonces me contó lo que la tenía preocupada. Los primeros dos partos los había tenido en la comunidad. Su suegra la había ayudado sin complicaciones. Estaba entonces tranquila porque el payé le había hecho prevención con carayurú y breo cuando comenzaron los dolores para que no hicieran daño los espíritus; después, la prevención de la habitación para poder entrar al bebé, el rezo de la comida y, lo más importante, el rezo de leche materna para quitar impureza y para solicitar el nombre propio cultural. Su suegro, el payé, sabía muy bien eso del rezo de leche y ya había apadrinado al mayorcito porque miró que va a ser payé también, y por eso le dio dieta especial y ha ayudado a cuidarlo. Mariela me aseguraba, mientras contaba, que ella era muy cuidadosa para seguir los consejos del payé porque ella sí quiere que sus hijos «sean alguien en la vida» y no quiere malograr su aprendizaje. El niño ha salido juicioso, pero también a estas edades todo depende de la mamá, que debe colaborarle para que no desobedezca al payé.

—Pero ahora con este —decía Mariela—, nació hace un mes y no le he podido hacer ninguna prevención, ni el rezo de leche. No tiene nombre y ni siquiera es todavía de este mundo: no tiene oficio ni pensamiento. ¡Corre peligro!—. Por eso estaba tan angustiada. La preocupaba además que ella no había podido hacer la dieta y nadie le había rezado su comida, y entonces la leche podía hacerle daño al bebé. Trataba de no comer lo que le daban en el albergue, porque todo es muy grasoso y pesado. Por eso está pálida y débil, a pesar de que en San Victorino a veces le regalan casabe y caldito de sardina para pasar el hambre. Su suegra le había enseñado que, si se cuida la dieta, la primera menstruación después del parto se le demora en bajar, lo que le asegura tener leche para el bebé por más tiempo. Me dijo, casi con un sollozo que —Esta vez de todos modos he tenido que comer de esa comida sin rezo. Quién sabe, tal vez me baje más pronto y el que va a sufrir va a ser el bebé—.

Le pregunté entonces por qué estaba en Mitú si los otros partos los había tenido en su casa. A lo que me respondió que —No hace mucho llegó un promotor de salud, paisano, sí, pero como si hubiera olvidado todas las normas propias de cuidado de la salud. Y para peor, anda corriendo de casa en casa con sus papeles para llenar, sobre todo pescando a las mujeres que quedan embarazadas porque tiene la orden de que ninguna mujer puede volver a tener el parto en la casa, en la comunidad o menos todavía en la mitasava—. Allá le llegó a la casa apenas le vio la barriga abultada y le hizo muchas preguntas y después le advirtió que si no venía a los controles y tenía el bebé en hospital la sacaban de Familias en Acción. No es que estuviera muy entusiasmada con eso de tener el parto en el hospital, pero la platica le hacía falta ahora que el niño iba a entrar a la escuela y necesita útiles y uniforme. ¡Cómo se arrepentía de haber aceptado por la plata!

Con cierta burla me dijo que —Eso sí, para los controles sí llegaron muy puntuales, como anotaron en sus papeles—. Y el promotor la programó para sacarla quince días antes, no fuera que se le adelantara el parto. Por eso ya llevaba cuarenta y cinco días lejos de su casa. Y al final ni siquiera la habían atendido los doctores porque cuando le apuraron los dolores estaban ocupados en una cirugía, así que nuevamente ella solita recibió al bebé, solo que esta vez sin rezos ni prevenciones ni la compañía de la suegra y la alegría de las cuñadas.

Había rogado y llorado en las oficinas de la EPS para que la devolvieran al otro día, y al otro y al otro. Llevaban un mes inventando disculpas, que no hay avioneta, que está en mantenimiento, que los cupos están llenos, que no viaja a la comunidad y tampoco puede hacer desvíos. Por eso está desesperada. Si estuviera sola se iría a pie, pero con el bebé le da miedo, sin prevención, sin rezo, sin carayurú rezado para protegerlo. —Puede haber espíritu del monte que quiera llevarse a mi bebé—.



El maltrato también es enfermedad

Magdalena salió escapando de su casa y de la comunidad y caminó hasta el pueblo. Ya no podía más. Esa madrugada Daniel había vuelto a llegar borracho, la sacó de la hamaca a gritos y le lanzó un puño que le voló los dientes.

Vivía con Daniel hacía un par de años. Al poco tiempo de juntarse, Magdalena se dio cuenta de que ese muchacho tan buena gente se transformaba en un loco cuando se ponía a tomar. Últimamente ocurría cada ocho días. Desde que pusieron planta en la maloca, ya no la respetan: conectan el equipo de sonido del profesor, Eusebio saca las botellas de aguardiente y arman unas fiestas en las que los hombres quedan empañados hasta los calzones y las muchachas aprenden malas costumbres. Los payés ya habían advertido sobre el desorden que viene al no respetar la maloca y las normas de comportamiento entre hombres y mujeres, pues vienen los chismes, los celos, las malas palabras, la desunión, los conflictos, es decir, la enfermedad.

Daniel había sido trabajador y buen hijo, pero el guarapo y el aguardiente lo estaban cambiando. Lo que Magdalena no entendía era por qué sus suegros y su cuñada no la defendían. Cada nueva golpiza era peor; ellos preferían callar. Su mamá tampoco la quiso defender ni recibir nuevamente en su casa y apenas le ayudó a conseguir el bebedizo y el rezo de un payé para no quedar embarazada.

No hace mucho María, su hermana, la fue a visitar. Iba con el marido camino a casa de la mamá y quería llevarle noticias de Magdalena. También quería hacerle la fuercita a ver si volvía, pues Daniel todavía la estaba esperando. La encontraron más repuesta y hasta menos triste. Contaba que trabajaba en un restaurante de todera: en la cocina, como mesera, en la limpieza. Un trabajo pesado y mal pago pero, por lo menos, dijo, ya nadie le pegaba. Agregó que no quiere volver ni tampoco

saber nada de Daniel. No quiere casarse ni tener hijos, solo trabajar y sobrevivir. Además, quién sabe cuándo pueda juntar lo del arreglo de los dientes. A veces se siente triste y sola, pero prefiere eso que volver a ver la indiferencia de todos. No entiende cómo es que van diciendo tan hipócritamente que la mujer es como la Madre Naturaleza que se cuida y se respeta, si ya ni los hijos cuando crecen respetan a sus mamás y cada vez se ven más niñas golpeadas y maltratadas y hasta marcadas, como ella que se quedó sin dientes. Y lo que definitivamente no quiere volver a saber es lo del irrespeto de las niñas hasta por los mismos parientes. Como ya no se cumplen las reglas de parentesco, se ha llegado a esos extremos del incesto y los golpes y, lo más grave, ¡el silencio de todos!

Magdalena y María han oído a las mayores decir que todo eso es nuevo, que antes no era así. Se necesita mucho arreglo de payé para que nunca más vuelvan a pegarles a las mujeres y a los niños; para que no se vean más los abusos y el irrespeto.

Saber recibir las visitas

Me habían enseñado que la cultura la definían la música clásica, las pinturas de los museos de las grandes ciudades, las monumentales esculturas griegas y del Renacimiento, la comida francesa y toda la etiqueta para la mesa, los modales cortesianos, la moda precisa en el vestir; y que culto era quien conocía y dominaba todo eso. Al fin y al cabo, Occidente ha tardado siglos para imponer en el mundo entero esas manifestaciones y convertirlas en marca de la elegancia, el buen gusto y la buena educación.

La primera vez que hice el recorrido por las siete comunidades de la zona de Yapú estaba muy nerviosa. Pensaba en las cachiveras; también en las culebras venenosas: un miedo que cargo como herencia y que se extiende a los reptiles en todas sus versiones, aunque sobre todo las culebras, las serpientes, los güños mitológicos o reales, las anacondas de vahos que entontan. También miedo por los pantanos oscuros, las lianas, las plantas carnívoras, la selva devoradora y de mala fama que me habían pintado la literatura y las narraciones de los periodistas con la década de noticias de secuestrados.

El payé había hecho prevención antes de salir, pero todavía yo no entendía mucho, así que me puse a repetir avemarías una detrás de otra para no pensar en nada más. Con el tiempo aprendimos con Natalia que esas prevenciones sí son reales, útiles y fundamentales. Estamos convencidas de que por la gracia de esas prevenciones no tuvimos un solo inconveniente durante las giras y los viajes que emprendimos por esa época. Para los siguientes recorridos, no movíamos un pie de la sede sin que payé hubiera hecho rezo para salvarnos de males y problemas. Aunque también seguí preñdiéndome de las avemarías y del ángel de la guarda.

Ese primer día salimos de Yapú hacia las seis de la mañana, nos dirigimos a Puerto Florida y, sin detenernos, seguimos a Puerto Limón, a donde llegamos hacia las ocho de la mañana. Nelson y payé Bendí nos acompañaban para presentarnos ante el capitán, que ese año era el mismo payé de la comunidad. Nos hicieron seguir a una casa con un zaguán de entrada, de piso muy barrido y con unas bancas adosadas a las paredes: una especie de salón de reunión, más pequeño e íntimo que la gran maloca. Se sumaron a la reunión algunos hombres más de la comunidad.

Procedimos entonces a las presentaciones y a la exposición de los motivos de nuestra visita. Al principio escucharon con atención. Pronto me di cuenta de que se removían en las bancas y que ya no estaban tan interesados en lo que decíamos. Se oían detrás de la pared de madera carreras y urgencias que no entendía. Ante la pregunta de qué opinaban de lo que les habíamos expuesto, contestaron con impaciencia que «sí, bueno, eso está muy bien, pero por favor sigan para adentro», donde, ¡claro!, nos tenían desayuno servido con un exquisito pescado —que después supimos que se llama yacaré y que es tan delicado y fino que parece preparado en mantequilla—; también nos ofrecieron casabe fresco, quiñapira y manicuera, «el café de nosotros los indígenas», como les encantaba decir. Cuando ya vieron que estábamos satisfechos, nos invitaron a que nos acercáramos a una esquina del recinto y nos ofrecieron una vasija con agua. Yo no entendía qué pretendían, por lo que Nelson debió explicarme en voz baja: «para que se lave las manos». Me sentí muy conmovida por estas personas a las que no conocía y que, sin embargo, se mostraban tan interesadas por mi bienestar y mi deleite. Fue mi primer encuentro con la hospitalidad, la generosidad y la delicadeza de estos indígenas que desde entonces nos han arrancado lágrimas conmovidas a mis compañeros y a mí.

La gira se vio frustrada por la posible presencia de un grupo armado en la zona. Alcanzamos a visitar dos comunidades más, San Antonio y Nueva Reforma, donde también fuimos recibidos con cariño y generosidad. Cuantas veces visitamos las distintas comunidades, apenas llegábamos el capitán hacía un llamado y todas las personas se congregaban en la maloca para darnos la bienvenida. Las mujeres entraban en fila india con

sus balayes con casabe, las ollas con quiñapira y con chicha o manicuera o mingao o chivé, el pescadito moquiado o incluso la presa de cacería del día, nos invitaban a comer hasta donde quisiéramos y después nos pasaban el recipiente con agua limpia para lavarnos. También, durante ese tiempo en que tuve la oportunidad de adentrarme en los territorios de la zona, en las malocas y en las casas, me permitieron conocer la generosidad con que todos comparten lo poco, incluso los niños que se apresuraban a bajar frutas de los árboles o pescar sardinas en el caño para ofrecernos un bocado.

Repetimos la gira un par de veces más. Para la última, habíamos enviado comunicaciones a cada una de las comunidades para anunciarles nuestra visita con el fin de garantizar que todas las mujeres estuvieran disponibles para llenar la encuesta que aplicaríamos en las siete capitanías. Nos estaba rindiendo el tiempo y por eso estábamos como dos días adelantados en nuestro cronograma. También temíamos que se fueran las mujeres a Mitú a cobrar las platas de Familias en Acción y que por tanto perderíamos el viaje, así que decidimos adelantar todo el cronograma, no sin antes enviar razón con el promotor de salud. Parece que este sí dio la razón, pero todos estaban tan ocupados en otra actividad que el capitán no la registró. Así, cuando llegamos al otro día, una pequeña comitiva salió a recibirnos. En medio de la sorpresa que debió causarles nuestra llegada, uno de los principales de la comunidad me dio una gran reprimenda en lengua, con unas cuantas palabras salpicadas en español para que fuera entendiendo que el regaño era en serio. Hablaba, además, en nombre de la comunidad. Todavía hoy me sorprende la vehemencia del señor y la tranquilidad del payé Moisés que dejó avanzar el regaño para de pronto decir algo como «¡Suficiente! A preparar la gallina, a contestar la encuesta y adelante que aquí no ha pasado nada!». Debo reconocer que nos lo merecíamos y que recibí el llamado de atención con humildad y con verdadero deseo de enmienda, allí parada en la mitad de la maloca y enfrente de todas las personas que habían empezado a reunirse. Todavía hoy me dan ganas de llorar de emoción, porque esa reprimenda no fue otra cosa que una manifestación más de su hospitalidad y de su frustración por no haberles permitido desplegar su generosidad. Es que para ellos era un gusto y casi una necesidad poder atender a sus invitados.

Ya no me importan tanto las culebras ni los animales ponzoñosos y no temo las cachiveras, pues confío en el valor de las prevenciones y en el profundo conocimiento sobre el territorio que tienen allí las personas así como en su asombrosa capacidad para sobrevivir en él. Por el contrario, quisiera tener la oportunidad de volver una y otra vez a visitarlos. Fue allí donde aprendí a admirar la belleza de la selva, de las aguas cristalinas de caños y ríos, la gran diversidad de la vida que bulle en cada milímetro de tierra y agua y aire y los profundos conocimientos sobre esa riqueza que se concretan en la maloca cuando sus habitantes y custodios despliegan toda la cultura y la tradición que han desarrollado para ser parte de ese santuario de vida que es la selva del Vaupés; así como la riqueza de las normas ancestrales, los valores culturales y las reglas de cortesía que recibieron de Origen y que los caracterizan. No tengo ningún pudor en decir que son las personas más gentiles que he conocido hasta ahora.

Ahora ya sé que todos tenemos *cultura* y que no es solamente la cultura occidental la que ha de ser admirada, custodiada y preservada; las culturas de la Amazonia también son milenarias y complejas, y merecen seguir enriqueciendo la variedad de esta maravillosa creación que es la Tierra.

Primero la educación propia para mantener la cultura

Pedro tenía unos veinte años cuando fue escogido para asistir a un curso de formación como técnico en agroecología. Dieciocho meses duraba el curso. Decían que era una lotería ganarse esa oportunidad de estudiar para volver a servir a la comunidad o, mejor, para conseguir un puesto bien pago en una ciudad más grande. No lograba sentirse del todo contento de irse lejos de su casa, dejar a sus papás y hermanos, su comida, su trabajo en la selva. Le habían insistido en que no podía desperdiciar esta oportunidad; también había visto la mirada teñida de envidia de algunos de los muchachos que no habían sido escogidos. Por eso no se detuvo ni un segundo a pensar si de verdad quería irse, si le interesaba aprender esas cosas de blancos o si de verdad iba a ser capaz de aguantar tanto tiempo por fuera.

Después de un viaje de casi veinte horas y de un día más para acomodarse y conocer a sus compañeros, tuvo su primera clase. Solo hasta el fin de semana se permitió pensar en qué estaba metido, para llegar entonces a la conclusión de que se había dejado influenciar por las ideas de los no indígenas que repetían tanto que solo estudiando se podía ser alguien en la vida. Pudo decirse a sí mismo que para él no había una vida mejor que la que ya tenía: vivir cerca de sus padres, tener su tierra para sembrar la comida, la selva para cazar, para recolectar frutas y plantas medicinales, el río transparente para bañarse, para tomar el agua, pescar y hasta para jugar con los hermanos y vecinos. Por eso se devolvió.

Ahora, muchos años después, tiene su casa y su pedazo de tierra, la montaña y el río; ya conformó una familia y acompaña a sus papás que se van volviendo viejos y cada vez necesitan más ayuda. También está cerca

de sus hermanos y cuñados, de los otros paisanos, y cuando quiere se pega el viaje para visitar a su abuela que vive río Caquetá abajo. Nunca se ha arrepentido de su decisión de seguir viviendo de la manera tradicional que le enseñaron sus mayores.

Pacheco es indígena de la Sierra Nevada. Desde muy pequeño fue escogido por los mamos de su pueblo para salir a estudiar a la ciudad. Esa elección no se discute, simplemente se obedece, como cuando escogen a un bebé apenas recién nacido para que sea mamo: la madre lo entrega al cuidado de quien será su maestro y este lo mantiene en la oscuridad de la kankurua durante los largos años de su entrenamiento. Pero a Pacheco lo escogieron para salir a conocer el mundo de afuera, a estudiar y ojalá a volver a servir a su comunidad al regreso. Esta última parte se le iba olvidando cuando terminó sus estudios de Medicina en la Universidad de Antioquia y aceptó un puesto por allá en tierra de los emberas. Llevaba ya un tiempo tratando de hacerse entender y de entender a sus pacientes cuando cayó en la cuenta de que algún médico no indígena seguramente estaría en su propia tierra luchando por acomodarse a una gente distinta e incomprensible. Esto lo golpeó como una bofetada: tantos esfuerzos de sus parientes y vecinos para sacarlo profesional y él, desagradecido, aceptaba un puesto bien lejos de su propia gente.

Por eso regresó a la Sierra. Pronto se dio cuenta de que tenía que recuperar su propia cultura si quería verdaderamente servirle a su pueblo, porque venía con la mentalidad de los profesionales indígenas que reciben todo lo que ofrece la educación occidental y desprecian el conocimiento y las formas de vida tradicionales. Últimamente ha estado muy cercano de los mamos, recibe sus orientaciones, escucha sus mandatos, atiende sus necesidades. Han avanzado mucho, sobre todo ahora que tienen su propia EPS, pero falta más para lograr un verdadero modelo de salud respetuoso de la cultura propia.

Fany terminó bachillerato en el internado con notas bastante buenas. Su papá quería que estudiara Derecho. Los amigos le ayudaron a

conseguir, sin embargo, una beca para otra carrera en una universidad cerca de Bogotá. Fany nunca había salido de Vaupés, y a Mitú había ido nada más que un par de veces a acompañar a su papá. Aclimatarse a la sabana de Bogotá le resultó difícil, pero mucho más entender la manera de actuar, de pensar, de relacionarse de la gente no indígena. Extrañaba su comida, el río, a su hermana.

Al principio parecía que se adaptaba rápidamente a tantos cambios. Pero con el paso del tiempo comenzó a sentir una gran nostalgia, deseos de llorar, se le quitó el hambre definitivamente y ya no tuvo fuerzas para soportar. Aunque sus profesoras y la decana hacían esfuerzos por entenderla y adecuar algunas materias del programa, Fany se estancó y ya no echó ni para adelante ni para atrás. Cuando los acudientes le ofrecieron la posibilidad de volver a casa a pensar si eso era lo que quería, se atrevió a preguntarse con sinceridad si verdaderamente quería estudiar y ser profesional. Sabía que al graduarse jamás podría volver a vivir en su pequeña comunidad en la selva, que ya nunca podría tener una chagra como la de su mamá o aspirar a una vida familiar como la que su papá cuidaba con tanto esmero. Por eso se atrevió a volver a su casa con el pensamiento de que quería hacer su vida tradicional de familia y de comunidad. Renunció a la beca y a convertirse en una de las pocas mujeres indígenas profesionales del Vaupés. No fue una elección fácil, aunque sí honesta, valiente y verdadera.

Juan Manuel conoció a Walter en Mitú, en donde participaba como profesor de un curso del Sena. Ese muchacho vivaz e inteligente se ha convertido en su entrañable amigo. Por esa época en que se conocieron, Juan Manuel se había enamorado de Natalia, quien venía acompañando desde hacía un tiempo los trabajos de una Asociación del Vaupés y le mostraba las maravillas del mundo indígena, del conocimiento tradicional, del sistema de salud y de los sistemas productivos tradicionales. Walter había salido de su comunidad de pequeño para poder estudiar en la ciudad y poco conocía de su propia cultura, escasamente viajaba en vacaciones y la educación de blancos le había tapado los ojos para apreciar la riqueza de la tradición.

La amistad con Juan Manuel y Natalia le ha servido mucho para revalorar su identidad. Ya sabe que quiere terminar sus estudios universitarios para volver al Vaupés, pero no puede dejar de conocer su propia cultura porque entonces no será capaz de velar por su gente y por su tierra. Por eso le pidió a su tío, el *kumu* Ramón, que lo preparara para ver las flautas, su primera ceremonia de Yuruparí y su iniciación como persona de la cultura. Fueron varios días de ceremonias, meses de dietas y cuidados especiales, obediencia y pruebas, pero ha valido la pena: ya se siente otra vez miembro de su comunidad.

Walter estudia ahora Biología en la universidad Nacional en Bogotá. Está contento y, aunque le hace falta el calorcito de su tierra, sabe que cuando termine podrá ayudar a cuidar la mayor riqueza que tienen los pueblos indígenas: el territorio ancestral que les fue entregado en custodia desde el Origen y los conocimientos para vivir bien.

A Lucas nunca le gustó la escuela. Se escapaba y se iba a acompañar a su papá a la mitasava durante varios días, cuando sembraban o cosechaban en las chagras que tenían bien adentro de la selva, a varias horas del poblado. También le gustaba pintarse con carayurú cuando salían a tumbar monte bravo o a cazar en la noche cerrada. Lucas es uno de los pocos jóvenes que todavía puede andar en la selva de noche sin necesidad de linterna, como los viejos de antes. Es que es un error prender la linterna porque atrae las serpientes y otros animales peligrosos. Pero como ahora los jóvenes ya no madrugan, ya no se someten a la disciplina estricta para que el cuerpo, la mente y el espíritu estén fuertes. Lucas sí.

Dicen por ahí que quedan pocos aprendices de *kumu*. Los viejos confían en que Lucas sí logrará terminar su aprendizaje. Es obediente y cumple las dietas estrictas y las restricciones que le impone su maestro. No se deja tentar por las muchachas que se ponen como pegachentas cuando los jóvenes están en el camino del aprendizaje y las evita cuando sale para el monte. Solo podrá tener mujer hacia los treinta años cuando termine su entrenamiento.

En otra época lo criticaban porque no iba a la escuela, porque no quiso terminar el bachillerato, y decían que el papá era muy irresponsable. También repetían que no iba al colegio porque no era capaz. Pero desde que adoptaron en la zona el modelo de educación propia, se ha venido diciendo que la única manera de conservar la cultura es garantizar que haya sabedores en el futuro. Ahora sí es cierto que los jóvenes no quieren aprender porque no son capaces. Es un camino exigente de sufrimiento, de servicio, de entrega y desprendimiento. Lucas sí es capaz.

Dicen por ahí, ahora sí, que también es de los pocos aprendices de tejedor de coronas que quedan en el Vaupés.

Todos ellos ya saben que la educación no es solo la que se recibe en la escuela, el colegio, el Sena o la Universidad, sino que es más importante la que se recibe en la casa, donde se forma a las personas para que aprendan a vivir bien y a mantener y transmitir la cultura.

Mi historia

Mi nombre es Alba Nelly Bolívar Dasilva. Nací en Monfort, Río Papurí, departamento del Vaupés. Mi primera infancia la pasé al lado de mis papás, Angélico Bolívar y Francisca Dasilva. A los once años viajé a Mitú, la capital del Vaupés, junto con mi abuela paterna y mi hermana. Llegamos a la casa de mi tía Celina, prima hermana de mi papá. En ese hogar pasé mi adolescencia como empleada del servicio doméstico. Mientras tanto estudiaba. No fue fácil. Logré terminar la primaria en la escuela anexa a la Normal, y en la Escuela Normal Indígena llegué hasta tercero de bachillerato porque mi tía me entregó a mis padres nuevamente. Mis padres no podían darme estudio y por eso no seguí estudiando.

Salí de la casa de mis papás y me fui a trabajar como empleada del servicio doméstico. De aquí en adelante mi suerte corría por mi cuenta. Muchas cosas pasaron: tuve varias parejas, tuve mis hijos. Todo lo que me proponía lo lograba, nada era obstáculo para mí. Pasaron años y años trabajando y viviendo independiente, sola con mis hijos. Hasta que un día mi papá me dijo que volviera a la casa en el campo. Mis papás estaban solos, mis hermanos se habían ido de la casa, y el único consuelo para los mayores fuimos mis hijos y yo. Mi papá se encariñó con mis hijos, los quería bastante. Fue una etapa muy hermosa, después de todo.

Hasta que un día todo cambió. Vivíamos en una comunidad llamada Cucura, vía Monfort. Estábamos rodeados de guerrilla y esto se puso caliente. La guerrilla nos desplazó y nos tuvimos que ir a vivir otra vez a Mitú, en un rancho en el barrio Belarmino Correa Yepes. Allí estábamos mal económicamente, no teníamos trabajo, no producíamos nada. En Cucura teníamos todo: yuca, plátano, piña, carne de marisca. Mi papá vivía muy triste, por eso quiso desplazarse para el Guaviare como administrador de una finca, supuestamente para encontrar una forma de vida y porque había bastante pescado en el Guaviare. Esto fue en el año 2000.



Yo me quedé porque había conseguido trabajo en un almacén de cadena y no quería venir al Guaviare. Viví casi tres años trabajando como cualquier mujer del pueblo. Solo éramos yo y mis hijos. Hasta que un día caminando hacia el trabajo conocí a una misionera de la Madre Laura llamada Ederly. Hablamos mucho hasta que ella me preguntó si yo quería manejar un grupo de oración. No me explicó por qué. Sin pensarlo le dije que sí.

Mi vida cambió de aquí en adelante. Manejé mi grupo de oración. Trabajaba de día y en la noche me reunía con las mujeres de mi barrio. Hasta que una noche también fui amenazada porque mi parejo en ese tiempo era militar. Me dieron ocho días de plazo; yo tenía ocho meses de embarazo de mi hijo José Gabriel. Salí a los dos días sin despedir del papá de mi hijo porque eso fue lo que me pidieron: «sin decir nada». Me vine rumbo a San José del Guaviare. Yo pensaba que mi papá estaría viviendo en la ciudad. No fue así. Lo encontré en un resguardo indígena. Peor todavía, pues yo no tenía ni idea qué era un resguardo en el Guaviare. Mi papá vivía en este resguardo indígena, El Refugio, y yo no sabía si quedarme o exponer mi vida y la de mis hijos regresando al Vaupés. Llegué el 23 de diciembre de 2003. Aquí en El Refugio, después de las festividades de fin de año, hicieron una reunión y yo aparecí en el listado censal. Viví un año aquí, pero por motivo de tierra mi papá habló con el capitán solicitando un apoyo de la comunidad de Asunción. Ellos aceptaron.

Más o menos como a finales de enero de 2005 nos trasladamos a vivir en Asunción, donde le entregaron una casa y una parcela para trabajar. A mediados de 2005 mataron a mi papá, lo que a mí personalmente me afectó mucho. Mi familia se desintegró totalmente, cada cual por su lado. Mi hermano mayor salió a trabajar de docente; mi hermano menor se iba por los campos buscando la muerte, y nosotras dos, mi hermana y yo, en esa casa que le entregaron a mi papá sin saber qué hacer. Apenas podíamos mirar entre las dos sin hablar. Esto fue lo peor.

En el año 2006 mi hermana consiguió trabajo de docente. Esto nos cambió un poco la situación económica, porque mi hermana nos apoyaba con los gastos de la casa. Yo mantenía enferma, muy enferma, hasta que un día me vine de Asunción para San José. Lo primero que hice fue

visitar al Santísimo de la catedral, y ¡qué alivio!: regresé a Asunción sana y salva. Ya regresé decidida a no depender de mis hermanos. Mi situación económica dependía de mi trabajo artesanal. Entonces hablé con mis hermanos, que me venía para el Refugio, que no quería estar en Asunción. Entre nosotros no nos entendíamos nada, mi familia era un desastre después de la muerte de mi papá. En esa época llegó una invitación de la OPIAC para el Primer Congreso de Mujeres Indígenas de la Amazonia colombiana. Como evadiendo mi situación, me presenté como voluntaria. Asistí al congreso en Bogotá. De regreso en San José participé en el primer encuentro departamental de mujeres indígenas, organizado por la Secretaría de Salud departamental. Estos espacios me hicieron abrir los ojos, todo eso me interesó.

Buscando una estabilidad para mis hijos y para mí, me trasladé a El Refugio en febrero de 2007. Sin más ni más nuevamente me aceptaron como miembro de la comunidad y toda mi familia se vino también conmigo. A pesar de que quise cambiar mi situación familiar, todo seguía igual. Yo era lo peor para mis hermanos y cansada de esto quise salir nuevamente. Gracias al profesor Bernardo, que me apoyó y me aconsejó para que solicitara un lote en esta comunidad, y a Ernesto, que era el capitán en ese año, y al papá de Ernesto, don Jaime Rodríguez, en muy pocos días me entregaron el lote. Ahí construí con la ayuda de la comunidad y comenzó mi estabilidad.

Ese mismo año llegaron a San José las hermanas misioneras de la Madre Laura. La hermana Josefa, la hermana Dora, la hermana Hilda y la hermana Aurora fueron las primeras. La hermana Dora comenzó con la iniciativa del encuentro de mujeres. Otro nuevo comienzo para mi vida: me entré como participante. En el 2007 también comencé una capacitación de multiplicadora de inclusión psicosocial. Esta capacitación duró tres años, algo que me fortaleció en la parte personal y social. En el año 2009 hice parte de la capitania como tesorera. Mis actividades dejaron de girar en torno a mí misma y empecé a descubrir la importancia del servicio hacia la gente que me rodea.

Ese mismo año las hermanas me invitaron al curso de Gestores Comunitarios de Salud, pero yo me negué varias veces. Pensaba mucho en mis hijos. Para mí veinte días era demasiado porque tenía un bebé

de un año apenas y todavía le daba pecho. Esto parece una locura: era miembro de la capitania, era multiplicadora de inclusión psicosocial y tenía que decidir para un curso del que ni idea tenía. Era difícil decidir lo que yo quería ser realmente. Con la ayuda de las hermanas Flor, Hilda y Josefa decidí ir al curso, aunque también ya hacía parte de los encuentros de mujeres. Cuando comencé el curso de Gestores, ya íbamos por el segundo encuentro en El Refugio.

Es así como entré al proceso organizativo de las cuatro comunidades tukano oriental del Guaviare. Como gestora comunitaria de salud cumplí con promover, pero todo cambió cuando terminé elegida como presidente y representante legal de la Asociación. Confié en Dios. Además, si las comunidades me eligieron fue porque confiaban en mí y en mis capacidades. Yo les ofrecí mi trabajo para recuperar la cultura. Teníamos primero que poner en orden la casa, porque había mucho desorden. Era lo que las Mujeres que Generan Vida y Esperanza ya habían discutido. Por eso me apoyaban y me animaban a que trabajáramos. No faltaron los hombres que se molestaron y que me hicieron mala propaganda. Decían que yo no buscaba proyectos de plata porque no me atrevía, porque no sabía y no era capaz. Pero era otra cosa lo que había ofrecido para trabajar.

Hubo tiempos difíciles, cuando no se veía para dónde íbamos y la gente se desanimaba. Menos mal que los *kumuã* mayores también me apoyaron, sobre todo payé José Peña. En los intercambios con los payés de Vaupés, él siempre fue el más fuerte. Por eso payé Mendí nos aconsejó que era José quien tenía la autoridad; era a quien debíamos obedecerle.

En el intercambio en Yapú el *caapi* nos inspiró para que pensáramos así: *Nukuporá Nereró*, «Hijos de Uno solo Re-Unidos». También hicimos los trabajos en todas las comunidades para conocer el estado de la cultura y nos dimos cuenta de que es mucho lo que hemos perdido. Pero también, un mayor nos aconsejó que no podíamos desanimarnos sino seguir adelante «desde lo que tenemos». Por eso nos fuimos con Baudilio por todas las comunidades, casa por casa, preguntando: «desde lo que tenemos, para ser indígenas, ¿qué es lo más valioso que no se paga con dinero y que si lo perdemos nunca lo podremos recuperar?». Me gustó ver cómo todos querían responder, hasta los niños y las mujeres que siempre

están calladas. Todas querían que pensáramos cómo no dejar morir las lenguas, las etnias, las reglas de parentesco, los rezos de los payés, las prevenciones en los momentos importantes de la vida y muchas otras cosas más.

Al final recogimos todo lo que dijeron en las comunidades. Las mujeres y los mayores escogieron los valores que nos caracterizan como indígenas tukano oriental. Todo eso lo escribimos en un hermoso libro que debe orientarnos en todos los trabajos que hagamos en el futuro. El libro se llama *Marire añuro nika veerituri: El libro que nos enseña a vivir bien*, y este fue un nombre que escogieron los mayores y que el *caapi* nos confirmó a través de payé Mendí.

Llegar a este punto no es fácil para las mujeres en las comunidades indígenas. Espero haber sido de mucha ayuda para muchas mujeres en especial. ¡La vida no se acaba en el hogar, hay que ver más allá! Todavía falta caminar.

Espero también que esta historia les sirva a mis paisanos en Vaupés que tanto nos ayudaron durante nuestros primeros pasos como organización.

Alba Nelly Bolívar Dasilva
San José del Guaviare

